La fuente de deleites tan copiosa,
Y á la sed amorosa la escondiste.
Tú á los hermosos ojos enseñaste
A encubrir en sí mismos temerosa
La viva luz que en su belleza asiste;
Tú en redes recogiste
Las hebras de oro que trataba el viento,
Y tú pusiste el ademan esquivo
Al proceder lascivo,
Freno á la lengua y arte al movimiento.
Efecto (¡oh vil honor!) es sólo tuyo
Que el dón de amor se llame hurto suyo.
Y suelen ser tus célebres hazañas
Las penas del que oprimes á tus leyes.
Mas tú, señor de la naturaleza
Y del amor, tú, que sujetas reyes,
¿Qué pretendes oculto entre cabañas,
Donde caber no puede tu grandeza?
Allá con la nobleza
Te va á turbar el sueño preeminente;
Deja sin tí nuestros humildes pechos
En limitados techos
Vivir al uso de la antigua gente.
Amemos; que no hay tregua diferida
Entre los tiempos y la humana vida.
Amemos, que el sol muere y luégo nace,
A nosotros se esconde y se deshace
La breve luz del dia,
Y el sueño eterna noche nos envia.

ACTO SEGUNDO.

—

SÁTIRO.

Es pequeña la abeja por extremo,
Y con sus breves armas, cuando pica,
Hace molesta y grave la herida;
Mas ¿qué cosa tan breve y tan pequeña
Como el amor? que en todo breve espacio
Entra y se esconde; ya en la sombra escasa
De unas pestañas, ya entre las primeras
Sutiles hebras de un cabello rubio,
Ya en los hoyuelos de una dulce risa;
Y en pequeñez tan mínima, le vemos
Hacer mortales incurables llagas.
¡Triste de mí, que es todo llaga y sangre
Mi corazon y entrañas, y mil dardos
Puso el amor en los airados ojos
De Silvia: ¡crudo amor, ingrata Silvia,
Más cruda y más ingrata que las selvas!
¡Oh, cómo te compete el nombre, y cómo
Quien tal nombre te puso lo entendia!
La selva encubre al oso, tigre y sierpe
En su arboleda verde, y tú en el pecho
Escondes impiedad, soberbia y ódio,
Fieras mayores que oso, tigre y sierpe;
Que aquéllas suelen aplacarse, y éstas
No se aplacan por dádivas ni ruegos.

Tú, cuando te presento flores nuevas,
Esquiva las desprecias, por ventura
Viendo en tu rostro más hermosas flores.
Pues si te traigo las manzanas frescas,
Tú las desdeñas arrogante, acaso
Porque en tu pecho las verás más bellas.
Cuando te ofrezco los panales dulces,
Altiva los ultrajas, por ventura
Por ser más dulce miel la de tus labios.
Mas si no puede darte mi pobreza
Cosa que no haya en tí más dulce y bella,
A mí mesmo te doy: ¿ por qué desprecias
Y aborreces el dón? Que no merezco
Ser despreciado, si en el mar tranquilo
Bien me miré, cuando, callado el viento,
Sus claras ondas serenaba un dia.
Este mi rostro de color sanguíneo,
Estas anchas espaldas, estos brazos
De duros nervios, mi cerdoso pecho
Y vedijudos muslos, son indicio
De mi viril y poderoso esfuerzo.
¿Qué piensas tú hacer destos donceles,
Apénas florecido el blando bozo
En sus mejillas, que con arte y cuenta
Disponen su cabello limpio y crespo?
Mujeres son aquestos en semblante
Y en obras. Dile á alguno que te siga
Por selva y monte, y que por tí combata
Contra el valiente jabalí y el oso.
No soy, pues, malo yo, ni tú me dejas
Por la forma que tengo, sino sólo
Por mi pobreza: en fin, las caserías
Siguen de las ciudades el ejemplo.
Sin duda alguna el siglo de oro es éste,
Pues sólo vence el oro y reina el oro.

¡Oh tú, que fuiste el inventor primero
De vender el amor! maldita sea
Tu enterrada ceniza y huesos frios,
Y no alcancen jamas pastor ó ninfa
Que pasando les diga: «Hayais descanso;»
Mas los bañe la lluvia y mueva el viento,
Y con inmundo pié todo ganado
Los huelle. Tú primero envileciste
La nobleza de amor, y su dulzura
Alegre convertiste en amargura.
Amor vendible, amor siervo del oro
Es el monstruo más vil y abominable
Que el mar y tierra engendran y producen.
Mas ¿para qué me quejo al aire en vano?
Usa las armas cada cual que expuestas
Le dió naturaleza á su defensa.
Usa los piés el ciervo, el leon las garras,
El jabalí el colmillo; así son armas
De la mujer beldad y gentileza.
Pues ¿cómo yo al presente no me valgo
De mi ferocidad para defensa
De mi salud, pues la naturaleza
Apto me hizo á la violencia y robo?
Yo me quiero robar lo que me niega
Esta enemiga, y al amor ingrata.
Pues como agora me contó un cabrero,
Que sabe sus costumbres, ella suele
Refrescarse á menudo en una fuente,
Y me enseñó el lugar; pienso esconderme
En él entre los céspedes y ramas,
Aguardando á que venga, y como vea
Buena ocasion, me arrojaré tras ella.
¿Qué puede contrastar una mozuela
Con la débil carrera ó con los brazos
Contra mí, tan ligero y poderoso?

Llore, suspire, oponga toda fuerza
De piedad ó hermosura, que si puedo
Revolver esta mano á su cabello,
De allí no irá, sin que primero tiña,
Por venganza, mis armas de su sangre.

DAFNE Y TIRSI.

DAFNE.

Como te dije, Tirsi, ya yo via
Que Aminta amaba á Silvia, y sabe el cielo
Cómo le he hecho siempre buen oficio,
Y agora con más gusto hé de hacerle,
Porque los ruegos tuyos intervienen.
Mas ántes me atreviera, te prometo,
A domar un novillo, un tigre, un oso,
Que una rapaza destas simple y boba,
Tan boba como bella, que no advierta
Cuán ardientes y agudas son las armas
De su belleza, y con el llanto y risa
A muchos mate y del herir no entienda.

TIRSI.

¿Qué mujer hay tan simple, que en saliendo
De las mantillas, ya no aprenda el arte
De contentar y parecer hermosa,
De matar agradando y saber cuáles
Armas pueden herir y cuáles matan,
Y cuáles dan salud y resucitan?

DAFNE.

¿Quién es maestro de tan grandes artes?

TIRSI.

Tú finges y me tientas: el que enseña
El canto y vuelo á las ligeras aves,
El nadar á los peces, el encuentro
A los carneros, á los bravos toros
Usar del cuerno, y al pavon soberbio
Tender la pompa de bizarras plumas.

DAFNE.

¿Cuál es el nombre suyo?

TIRSI.

El nombre es Dafne.

DAFNE.

¡Oh falsa lengua!

TIRSI.

Luego, ¿tú no bastas
A dar á mil discípulas escuela?
Aunque á decir verdad, bien poca falta
Les hace otro maestro; su maestra
Es la naturaleza, y á las veces
Tambien la madre y ama alcanzan parte.

DAFNE.

Tú eres en suma malicioso, Tirsi;
Pues yo te sé decir que no resuelvo
Si es ya tan boba Silvia y tan sencilla

Como en sus hechos y palabras muestra.
Vi ayer cierta señal, y ésta me puso
En mucha duda. Yo la hallé cercana
A la ciudad, donde sus anchos prados
Tienen entre lagunas una isleta
Con un estanque trasparente y limpio;
Allí la vi, toda pendiente el cuerpo,
De suerte que mostraba deleitarse
De mirar á sí mesma, y le pedia
Consejo al agua cómo dispondria
Por cima de la frente su cabello,
Sobre el cabello el velo, y sobre el velo
Diversas flores que tenía en la falda.
De allí sacaba la azucena y rosa,
Y la llegaba á su purpúreo rostro
Y á su cándido cuello, cotejando
Las colores; y luégo, muy ufana
De la vitoria, un tanto se reia,
Como diciendo: «Yo en efeto os venzo.
No os traigo aquí por ornamento mio,
Mas solo os traigo por vergüenza vuestra
Y por mostrar que os llevo gran ventaja.»
Mas mientras se adornaba y componia,
Volvió los ojos bien acaso, y viendo
Cómo yo la miraba, de vergüenza
Se alzó del suelo y derramó las flores.
Cuanto más yo de verla me reia,
Mas ella de mi risa se encendia;
Y porque estaba descompuesto en parte
Su cabello, y en parte recogido,
Dos ó tres veces revolvió los ojos
Hácia la fuente consejera á hurto,
Como temiendo ser de mí entendida.
Miróse descompuesta, mas con todo,
Se satisfizo, que se vió muy bella,

Si descompuesta. Yo entendílo todo,
Pero callé.

TIRSI.

Tú me refieres, Dafne,
Lo que he pensado siempre: ¿no lo dije?

DAFNE.

Bien lo dijiste, mas á todos oigo
Que no fueron las ninfas y pastoras
Tan entendidas ántes, ni yo tuve
Tal juventud. El mundo se envejece,
Y en la vejez se aumenta su malicia.

TIRSI.

Quizá entónces no usaban tantas veces
Los ciudadanos ver el campo y selvas,
Ni tantas veces nuestras zagalejas
Entrar en la ciudad. Ya están mezclados
Linajes y costumbres; mas dejando
Agora estos discursos, ¿no harias
Por conformar á Silvia en que le hablase
Aminta solo, ó tú delante, un dia?

DAFNE.

No sé: Silvia es esquiva por extremo.

TIRSI.

Y Aminta por extremo comedido.

DAFNE.

Pues no hará nada comedido amante;
Tú le aconseja que á otra cosa atienda,
Si es de ese humor. El que saber quisiere
De amar, deje respetos, ose y pida,
Solicite, importune, y si no basta,
Tome lo que pudiere. ¿Tú no sabes
De la mujer la condicion precisa?
Huye, y huyendo quiere que la alcancen;
Niega, y negando quiere que la apremien;
Lucha, y luchando quiere que la venzan.
Ya sabes, Tirsi, que de tí me fio,
Porque en silencio guardes lo que digo.

TIRSI.

No hay ocasion por qué de mí sospeches
Que jamas diga cosa que te ofenda;
Mas ruégote, mi Dafne, por la dulce
Memoria de tus años juveniles,
Me favorezcas, ayudando á Aminta
Mísero, que perece.

DAFNE.

¡Qué conjuro
Tan gentil ha buscado este inocente!
La juventud me trae á la memoria;
El bien pasado es el presente enojo.
Pues ¿qué dices que haga?

TIRSI.

No te falta

Ingenio ni consejo; basta sólo
Que á querer te dispongas.

DAFNE.

Ora sabe
Que vamos Silvia y yo, dentro de un rato,
A la fuente que llaman de Diana,
Allá donde aquel plátano da sombra
Al agua dulce y al lugar convida
Las ninfas cazadoras: en aqueste
Es cierto ha de lavar sus miembros bellos.

TIRSI.

Pues bien.

DAFNE.

¿Cómo, pues, bien? ¡Qué mal entiendes!
Si en tí cabe discurso, eso te basta.

TIRSI.

Ya entiendo; mas no sé si ha de atreverse
Él á tanto.

DAFNE.

Pues si él no ha de atreverse,
Estése así y aguarde á que le busquen.

TIRSI.

Él es por cierto tal, que lo merece.

DAFNE.

Pero nosotros, ¿no hablarémos algo
De tí mismo? Di, Tirsi, ¿tú no quieres
Enamorarte, pues áun eres mozo,
Que no serán tus años veinte y nueve,
Y ayer te conocimos bien criatura?
¿Has de vivir ocioso y sin contento?
Que sólo sabe de placer el que ama.

TIRSI.

No desecha de Vénus los placeres
Quien se retira del amor, mas goza
El dulce del amor sin el amargo.

DAFNE.

Es desabrido dulce el que le falta
Mezcla de algun amargo, y luégo cansa.

TIRSI.

Más vale, pues, hartarse
Que estar siempre hambriento.

DAFNE.

No ya con el manjar que se posee;
Y cuanto más se gusta más agrada.

TIRSI.

¿Quién es tan poseedor de lo que gusta,
Que á todas horas pueda

Hallarlo expuesto á su apetito y hambre?

DAFNE.

Mas ¿quién halló jamas lo que no busca?

TIRSI.

Es peligro buscar lo que adquirido
Causa breve contento,
Y no adquirido mucho más tormento.
Hasta que llantos y suspiros falten
En el amor y en su tirano reino,
Tirsi no ha de volver á ser amante.
Ya basta lo que tengo padecido.
Otro fiel amador hará su parte.

DAFNE.

Mas no tienes gozado lo que basta.

TIRSI.

Ni gozarlo deseo
Si tan caro se compra.

DAFNE.

Amar te será fuerza, si no gusto.

TIRSI.

No me pueden forzar estando léjos.

DAFNE.

¿Quién está léjos del amor?

TIRSI.

Quien huye.

DAFNE.

Y ¿qué importa que huyas de sus alas?

TIRSI.

Tiene al nacer amor las alas cortas,
Que apénas le sustentan;
Y así no las extiende á todo vuelo.

DAFNE.

Pues no conoce el hombre cuando nace,
Y cuando lo conoce es grande y vuela.

TIRSI.

No, si otra vez no ha visto cómo nace.

DAFNE.

Ora verémos si tus ojos huyen,
Como dices, y luégo te protesto,
Ya que presumes tanto de ligero,
Que cuando te veré pedirme ayuda,
No moveré por ayudarte un paso,
Un solo dedo, una pestaña sola.

TIRSI.

¡Bravo rigor! Qué ¿me podrás ver muerto?
Pues Dafne amiga, si pretendes que ame,
Quiéreme tú, y estamos concertados.

DAFNE.

Tú me burlas, en fin, y por ventura
No me mereces por amante: ¡ay, cuántos
Engaña un rostro colorado y liso!

TIRSI.

No burlo á fe; mas ántes me parece
Que con esa protesta me desechas,
Cual hacen todas; pero ¿qué remedio?
Viviré sin amor si no me quieres.

DAFNE.

Vive, Tirsi, contento, ocioso vive;
Que en ocio tal siempre el amor se engendra.

TIRSI.

¡Oh Dafne, en esta ociosidad me ha puesto
El que en las selvas como á Dios honramos,
Para quien los ganados grandes pacen
Del uno al otro mar por las campañas
Extendidas, alegres y fecundas,
Y las alpestres cumbres de Apenino.
Él dijo así cuando me hizo suyo:
«Tirsi, ahuyenten otros los ladrones
Y los lobos, guardando mis rebaños;

Reparta otro los premios y las penas
A mis ministros; otros apacienten
Mis ganados; en fin, otro, conserve
La lana y leche, y otro la despenda;
Agora canta tú, que estás ocioso.»
Así será razon que no le burle
Con mundanos amores, sino cante
Los abuelos de aqueste verdadero,
No sé si Apolo ó Júpiter lo llame,
Que á ambos parece en el aspecto y obras,
Abuelos de mayor merecimiento
Que el gran Saturno y Celo. Agreste musa
¿A mérito real? Mas no por eso,
Que suene clara ó ronca, la desprecia.
De su mismo sujeto nada canto,
Porque no puedo dignamente honrarlo
Sino con el silencio y reverencia;
Mas no faltan jamas en sus altares
Las flores de mi mano ni los fuegos
De inciensos olorosos y suaves,
Ni faltará en mi pecho esta devota
Y pura religion hasta que vea
Pacer el aire por el aire el ciervo,
Y que, mudado el curso de los rios,
Beba la Sona el persa, el franco el Tigris.

DAFNE.

Tú vas muy alto; ora desciende un poco
Al propósito nuestro.

TIRSI.

El punto es éste:
Que en estando en la fuente tú con Silvia

Procures ablandarla, y yo entre tanto
Procuraré que Aminta vaya, y pienso
Que no es ménos difícil que la tuya
Mi diligencia. Vé en buen hora.

DAFNE.

Voyme,
Pero nuestro propósito no era ése.

TIRSI.

Si bien diviso desde aquí su rostro,
Allí parece Aminta: él es sin duda.

AMINTA Y TIRSI.

AMINTA.

Veré si ha hecho Tirsi alguna cosa;
Porque si nada ha hecho,
Antes de consumirme he de matarme
Ante los ojos mismos de la ingrata;
Que pues le agrada tanto
Deste mi corazon la viva llaga,
Agudo golpe de sus ojos bellos,
Tambien debe agradarle
La llaga de mi pecho,
Golpe furioso de mis propias manos.

TIRSI.

Nuevas te traigo, Aminta, de consuelo;
Bien puedes ya dejar tanto lamento.

AMINTA.

¡Ay, Tirsi! ¿Qué me dices?
¿Tres la vida ó la muerte?

TIRSI.

Traigo salud y vida si te atreves
A acometerlas; pero ve dispuesto
A ser un hombre, Aminta,
A ser un hombre de ánimo resuelto.

AMINTA.

¿Cómo y con quién el ánimo me importa?

TIRSI.

Si estuviese tu ninfa en una selva
Que, cercada de altísimos peñascos,
Diese albergue á los tigres y leones,
¿Fueras allá?

AMINTA.

Fuera seguro y pronto,
Mas que en la fiesta zagaleja al baile.

TIRSI.

Y si estuviese entre ladrones y armas,
¿Fueras allá?

AMINTA.

Fuera resuelto y presto,
Mas que á la fuente el ciervo caluroso.

TIRSI.

Mayor empresa importa que acometas.

AMINTA.

Iré por medio el rápido torrente,
Cuando la nieve desatada en agua
Al mar se precipita: iré por medio
Del vivo fuego, y al infierno mismo,
Cuando en él estuviese, si ser puede
Infierno donde está cosa tan bella.
Descubre, acaba, lo que pasa.

TIRSI.

Escucha:
Silvia te espera agora en una fuente,
Desnuda y sola, ¿irás allá?

AMINTA.

¿Qué dices?
¿Silvia me espera á mí, desnuda y sola?

TIRSI.

Sola con Dafne, que es de nuestra parte.

AMINTA.

¿Y desnuda me espera?

TIRSI.

Desnuda digo; mas.....

AMINTA.

¡Ay triste! Acaba.
¿Que más, Tirsi? Tú callas, tú me matas.

TIRSI.

Mas no sabe que has de ir allá.

AMINTA.

Terrible
Y fiera conclusion, que ya en veneno
La dulzura pasada me convierte.
Cruel, ¿con cuál estudio me atormentas?
¿Tan poco desdichado te parezco,
Que aumentar quieres la miseria mia?

TIRSI.

Haz tú mi parecer; serás dichoso.

AMINTA.

¿Qué me aconsejas?

TIRSI.

Que pasar no dejes
La dicha que te ofrece la fortuna.

AMINTA.

Dios no permita que jamas yo intente
Cosa que la disguste; ni yo supe
Hacer cosa jamas contra su gusto,
Sino es amarla; y el amarla es fuerza,
Fuerza de su hermosura y no mi culpa.
Así no se verá que, en cuanto pueda,
No procure agradarla.

TIRSI.

Ora responde:
Si potestad tuvieras
Para dejar de amarla,
¿Dejárasla de amar por agradarla?

AMINTA.

Ni tal cosa consiente amor que diga,
Ni que imagine ver en tiempo alguno
El dejarla de amar, aunque pudiese.

TIRSI.

Desa manera á su pesar la amáras,
Pudiendo no quererla.

AMINTA.

No fuera á su pesar, mas la amaria.

TIRSI.

¿Sin su gusto en efeto?

AMINTA.

Sí por cierto.

TIRSI.

Pues ¿cómo sin su gusto no te atreves
A aprovecharte de tu bien presente?
Que si al principio le ha de dar disgusto,
Es cierto al fin que le será agradable.

AMINTA.

¡Ay, Tirsi amigo! Amor por mí responda;
Que á referir no acierto
Lo que me dice el corazon. Tú agora
Estás muy diestro por el uso grande
En razonar de amor; á mí me liga
La lengua aquello mismo
Que el corazon me liga.

TIRSI.

¿No irémos en efeto?

AMINTA.

Iré sin duda,
Mas no donde tú piensas.

TIRSI.

Pues ¿adónde?

AMINTA.

Iré á morir, si en mi favor no has hecho
Más de lo que me dices.

TIRSI.

¿Y esto es poco?
¿Crees tú que Dafne nos aconsejára
Ir á la fuente, cuando no entendiera
De Silvia el pecho? Por ventura Silvia
Sabe el concierto, y no querrá se entienda
Que, sabiéndolo, calla. Si tú buscas
Hasta el consentimiento suyo expreso,
Buscas derechamente disgustarla;
Y siendo así, ¿qué es deste tu deseo
Que tienes de servirla y complacerla?
Y si ella aguarda que tu dicha alegre
Se adquiera sólo por tu industria á hurto,
Sin que ella de su mano te la ofrezca,
Por tu vida me di ¿qué más te importa
Este modo que aquel?

AMINTA.

¿Quién me asegura

Ser esa su intencion y su deseo?

TIRSI.

¡Oh simple! Ves aquí que al fin procuras
La certeza, que á Silvia le desplace,
Y desplacerle justamente debe,
Cual tú debieras no buscarla; y ¿dónde
Tienes quien te asegure lo contrario?
Si ella así lo pensase, y tú no fueses
(Pues que la duda y riesgo son iguales)
¿Será mejor morir como animoso
Que como vil? Tú callas, tú conoces
Que estás vencido. Agora me concede
Esta pérdida tuya, que yo pienso
Ha de ser causa de mayor victoria.
Vamos, Aminta, vámonos.

AMINTA.

Espera.

TIRSI.

¿Cómo espera? ¿No ves que el tiempo huye?

AMINTA.

Miremos ántes si esto debe hacerse,
Y en qué manera.

TIRSI.

Todo lo que falta
Podemos ver por el camino mesmo;

Mas nada hará quien muchas cosas mira.

CORO.

Amor, ¿de qué maestro,
En cuál oculta escuela
Se aprende esa tu larga
Arte de amar, incierta?
¿Quién del entendimiento
Declara las ideas,
Cuando con alas tuyas
Al mismo cielo vuela?
No lo explicó el Liceo,
No la famosa Aténas,
Y en Helicona docta
Ni Febo lo demuestra;
Que si de amor discurre,
Parece que le enseñan;
Corto razona y frio
Con perezosa lengua.
No tiene voz de fuego
Que á tu primor competa,
Ni á tus misterios altos
Sus pensamientos llegan.
Tú, amor, eres el digno
Maestro de tu ciencia,
Y tú solo á tí mismo
Te explicas é interpretas.
Tú enseñas al más rudo
Que en unos ojos lea
Lo que tu mano escribe
Con amorosas letras.
A los amantes fieles
Desatas tú la lengua
En delicado estilo

Con elegancia extrema.
  Y á mucho más se extiende,
Amor, tu sutileza,
¡Raro saber y extraña
Manera de elocuencia!
  Que á veces con palabras
Confusas é imperfectas
Un corazon amante
Sus sentimientos muestra,
  Mejor que con razones
Lustrosas y compuestas;
Y áun el silencio mismo
A veces habla y ruega.
  Amor, lea quien quisiere
Socráticas sentencias;
Que yo en dos bellos ojos
Aprenderé tu ciencia,
  Y humillará sus versos
El más alto poeta,
Con pluma sábia escritos
En doctas academias,
  Junto á los que imprimiere
Mi pastoril rudeza
Con la grosera mano
En ásperas cortezas.

ACTO TERCERO.

TIRSI *y el* CORO.

TIRSI.

¡Oh extremo de crueldad! ¡Oh ingrato pecho!
¡Oh ingrata ninfa! ¡Oh tres y cuatro veces
Mujer ingrata! Y tú, naturaleza,
Negligente maestra, ¿por qué sólo
En el rostro pusiste á las mujeres,
Y en lo aparente, cuanto tienen bueno
De agrado, de piedad y cortesía,
Y te olvidaste de las otras partes?
¡Ay, jóven triste y mísero! Sin duda
Se habrá dado la muerte; él no parece.
Bien há tres horas que le busco, y busco
En donde le dejé y en los contornos,
Sin hallarle, ni rastro de sus pasos.
¡Ay, que se ha dado muerte el miserable!
Allí delante están unos pastores;
Ir quiero á ver si sabe dél alguno.—
Decid, amigos, ¿quién ha visto á Aminta
Acaso, ó sabe dél alguna nueva?